

Melancolización -o la incapacidad de separarse¹-

Resumen: Este escrito busca explorar algunas puntualizaciones teóricas de Freud y Lacan que permitan pensar el correlato metapsicológico de una melancolización -neurótica-, específicamente respecto a la incapacidad para separarse del objeto amoroso. Para recortar la problemática, se ha tomado como orientación, por un lado, la pregunta respecto a qué características particulares predominan en el superyó de estos casos y, por otro, teniendo como horizonte el contexto de la pérdida de objeto que atañe al término de un vínculo amoroso.

Palabras clave: Pérdida de amor - Separación - Melancolía - Neurosis.

Daniela Orfali

*Ser padre consiste en dejarse ganar
hasta el día en que la derrota
sea verdadera (Zamora).*

Psicoanalíticamente estamos advertidos de que el problema de la separación implica indefectiblemente la cuestión de la primera separación del objeto de amor. Asimismo, la melancolía daría cuenta de una imposibilidad de realizar el trabajo de duelo, por lo que es necesario retomar estas elucidaciones freudianas para situar qué particularidades de ese psiquismo marcaron a esta última como vía facilitada. Qué aspectos del superyó estarían intrincados en esta salida frente a la pérdida; o no salida, más bien. Cabe advertir que la presente constituye una primera aproximación exploratoria.

Sobre la melancolía en Freud

La capacidad de separarse se ha perdido en la melancolización -neurótica-. Tal es la idea que quiere relevar este escrito. Para ello, retornamos a Freud (1917 [1915]) y su planteamiento respecto al trabajo de duelo, el que contrapone a la melancolía. La melancolización daría cuenta de una falla del trabajo de duelo, falla inicial, en tanto no se echa a andar dicho proceso. Ante una pérdida, lo esperable -o deseable- sería un duelo, el que describe a continuación: “La realidad pronuncia su veredicto: El objeto ya no existe más; y el yo, preguntado, por así decir, si quiere compartir ese destino, se deja llevar por la suma de satisfacciones narcisistas que le da el estar con vida y desata su ligazón con el objeto aniquilado” (p. 252). Es decir, el duelo implica la capacidad de separarse del objeto, lo que en consecuencia permite además recobrar la capacidad de amar (que estuvo suspendida durante dicho proceso). Enfatizo esta idea: separarse sería un tiempo lógico necesario que precede a la capacidad de amar. Esto me parece relevante, puesto que permitiría hipotetizar que lo que Freud (1915 [1914]) sitúa como las “mujeres de pasiones elementales” supone una contracara, una manifestación alternativa no tan distinta en su etiología a la melancolización. O en clave lacaniana, una de las vicisitudes de la clínica superyoica en la vida amorosa, referido al reclamo de presencia constante de la pareja. Esta idea se desarrollará más adelante.

1 Trabajo aprobado por pares evaluadores doble ciego

Retomaré algunos de los planteamientos del autor referidos a la melancolía, ya que si bien en esta época todavía no ha inaugurado el concepto de superyó, trabajó sobre uno de sus antecedentes, la instancia crítica:

La melancolía se singulariza en lo anímico por una desazón profundamente dolida, una cancelación del interés por el mundo exterior, *la pérdida de la capacidad de amar*², la inhibición de toda productividad y una rebaja en el sentimiento de sí que se exterioriza en autorreproches y autodenigraciones y se extrema hasta una delirante expectativa de castigo (Freud, 1917 [1915], p. 242).

Plantea que de estos elementos, el único en que se distingue de un duelo normal correspondería a la rebaja en el sentimiento de sí. Más adelante, enfatiza que la melancolía tendría como correlato que “[el enfermo] sabe *a quién* perdió, pero no *lo que* perdió en él” (ibid, p. 243), cuestión que ya contiene implícito el problema de la identificación. Y luego continúa: “la inhibición melancólica nos impresiona como algo enigmático porque no acertamos a ver lo que absorbe tan enteramente al enfermo” (p.243). Alude entonces al carácter preponderante de los autorreproches y la percepción del yo como moralmente despreciable. En relación con esto, aparece una alusión bastante clara al futuro concepto de superyó: “una parte del yo se contrapone a la otra, la aprecia críticamente, la toma por objeto, (...) la instancia crítica escindida del yo” (p. 245).

Algunos alcances respecto al superyó

En el acápite III de *El Yo y el Ello* (1923) Freud introduce el concepto de superyó como tal, definiéndolo como “la existencia de un grado {*Stufe*; estadio} en el interior del yo, una diferenciación dentro de él, que ha de llamarse *ideal-yo* o *superyó*” (p. 30). Lo introduce precisamente citando sus planteamientos de *Duelo y Melancolía* (1917 [1915]), enfatizando que el padecimiento de la melancolía se debe a la sustitución de una otrora investidura de objeto por una identificación. “Desde entonces hemos comprendido que tal sustitución participa en considerable medida en la conformación del yo, y contribuye esencialmente a producir lo que se denomina su carácter” (1923, pp. 30-31). Un poco más adelante el autor puntualizará que cabe reconocer al menos dos componentes, y tiempos, de conformación. El primero, resultante de una identificación inicial, que como tal -identificación- es a su vez consecuencia de investiduras del ello resignadas (que configuran el yo y, por ende, también su distinción como superyó). El segundo, corresponde al superyó entendido como heredero del complejo de Edipo. “Es el monumento recordatorio de la endeblez y *dependencia*³ en que el yo se encontró en el pasado, y mantiene su imperio aun sobre el yo maduro” (Freud, 1923, p. 49). Se deben resignar a los padres como objetos amorosos y para esto, para no perderlos del todo, el yo conserva parte de esos objetos al modo de identificación.

Lacan (1956-1957) planteó:

Si la regresión oral al objeto primitivo de devoración acude a compensar la frustración de amor, tal reacción de incorporación proporciona su modelo, su molde, su *Vorbild*, a esa especie de incorporación, la incorporación de determinadas palabras entre otras, que está en el origen de la formación precoz llamada el superyó. Eso que el sujeto incorpora bajo el nombre de superyó es algo análogo al objeto de necesidad, no por que sea el don, sino como su sustituto cuando éste falta, lo cual no es en absoluto lo mismo (pp. 177-178).

2 La cursiva es propia.

3 Ibid.

Consigna un superyó que comparte algunos aspectos freudianos. Si bien sus desarrollos posteriores conllevan una conceptualización que se distingue de la de Freud, se estaría realzando el postulado de un superyó que se funda a partir de los objetos de amor resignados. Este es un antecedente de planteamientos en los que luego anudará las nociones de ley y deseo -en torno al superyó-, enunciando que el deseo implica un “tú debes” de medida incondicional. “Lo que hace que pueda haber deseo humano, que ese campo exista, es la suposición de que todo lo que sucede de real es contabilizado en algún lado” (Lacan, 1959-60, p. 388).

Ahora bien, aun cuando se admita un lugar de mandato u orden⁴ que atañe al superyó y desde aquél también al deseo, hay distinciones importantes. Se vuelve esclarecedor tomar como punto de partida un aspecto sobre el superyó asociado a las psicosis, para luego ir ubicando aquello de lo que en una melancolización podría tratarse (sin por ello estar obviando una diferencia estructural). Es factible partir de esas distinciones estructurales, para luego pensar que también dentro de la estructura hay una graduación que continúa cierta lógica. Respecto a las psicosis, dice: “Reconocemos aquí a nuestro viejo y buen amigo el superyó, que de golpe se presenta en su forma fenoménica, más que en forma de amables hipótesis genéticas. Este superyó es efectivamente algo así como una ley, pero es una ley sin dialéctica, y no por nada se lo reconoce, con mayor o menor razón, en el imperativo categórico (...)” (Lacan, 1955-56, p. 393).

Decíamos anteriormente que no son equivalentes superyó en Freud y en Lacan. Una diferencia fundamental es el planteamiento lacaniano del superyó como efecto de lectura. En este punto, son ilustrativas las nociones de lo constatativo versus lo performativo (realizativo) que se encuentran en Austin (1982) y que se vinculan a lo que Lacan desarrolla en la clase *Tú eres el que me seguirás* (1955-1956). Argumenta que esta primera formulación implica una elección y/o un mandato, una devolución; en contraposición a *Tú eres el que me seguirá*, la que constituye una constatación. Esto quiere decir que porta un registro de certeza que no está en la frase con la *s* final -seguirás-. La primera opción -seguirás-, en cambio, estaría más bien en el nivel de una apuesta, quizás hasta una esperanza. El enunciado “seguirás” comportaría la posibilidad de que no lo fuese, de que no lo siga. Puede ser más claro con otro ejemplo que trae el autor, contraponiendo la frase “tú eres el que debes venir” a “tú eres el que debe llegar” sin la *s*. En esta última se escucha la equivalencia con “tú llegarás”, es decir, con la constatación, la enunciación de un hecho o realidad.

Seguirá es un enunciado que se presenta como dando cuenta (constatando) un hecho, como sería por ejemplo decir “llueve”. Lo performativo, por su parte, referiría a aquellos enunciados en cuya enunciación crean o producen. Por ejemplo “juro”: lo que se enuncia se pone en acto en la misma enunciación (Kligmann, Comunicación personal, 2025). Cuando el superyó es constatativo, el sujeto más bien ha quedado en un lugar de objeto, en el que no puede sino ser dicho objeto (o bien se hablaría de sujeto del masoquismo, por ejemplo). En tanto se han borrado las marcas de enunciación desde las cuales ese superyó habla, se vivencia como *la* verdad. No es de ni desde alguien, es. En el mismo sentido, no habría herencia posible, en tanto no hay lugar a que el sujeto se apropie de dichas frases y las haga más, o menos, suyas. En contraste, en la formulación que

4 Lacan (1955-56) puntúa una diferencia entre ambos términos, relevando la noción de mandato para el superyó en las neurosis y orden, en el caso de las psicosis.

termina con “seguirás” -modo que se esperaría en el campo de la neurosis- no se han borrado las marcas de enunciación: hay un padre que le hereda al niño. Hay un tú, un llamado, frente al cual el yo responde. Pero responde con una interpretación. Hay una lectura que, en tanto tal, convoca el lugar de sujeto, el lugar signifiante. No significado sino a significar. Aquí sí es factible hablar de herencia (Kligmann, 2025). Entonces podríamos reconocer una lectura performativa, en el sentido de que al haber marcas de enunciación, se advierte que no se trata de una verdad sino que hubo un *desde donde* se dijo algo y por lo tanto, podría no serlo; se le otorga o se transmite *cierto* carácter de arbitrariedad. Es importante no idealizar lo anterior: si fuese tan evidente un *cierto*, probablemente no habría tanto malestar en la neurosis.

La pérdida

La posibilidad de la pérdida de amor suscita angustia y se trata de angustia frente al superyó. Cabe recordar que el superyó se fundó en un intento de conservar el amor: se renuncia a los objetos parentales como objetos de amor justamente porque se los ama. La identificación que da lugar al superyó implica llevarse consigo a aquél y aquello (rasgo) que se resignó, renunciando externamente podríamos decir, pero no tanto internamente. El superyó es también un *superamo*. Amar así entendido, pasión más que amor quizás -al modo en que Freud (1915 [1914]) consignaba lo pasional como inflexible ante alternativas (objetos otros, subrogados)- es quedar sometido a un amo, en la esperanza infantil de que si cumplo, mi ama, mamá, me amará. Pero ya nos advertía Freud (1930 [1929]) que cada renuncia pulsional, cada intento por complacer al superyó, supone paradójicamente darle mayor fuerza a sus mandatos. No se satisface, crece. En esta misma línea anuncié en un inicio que los planteamientos respecto a las mujeres de pasiones elementales (1915 [1914]) pudieran dar cuenta de un costado clínico diferente en su manifestación, pero con una metapsicología consistente con la de la melancolización, a propósito de la imposibilidad de asumir una pérdida y separarse. Los que no aceptan subrogados presentan una renuencia a tolerar la muerte psíquica del objeto. O quizás no logran separarse de éste como un modo de mantenerlo vivo, de no tener que matarlo. La falla en la separación -no total- ha suscitado que la contingencia del objeto sea menos elástica que como planteara Freud.

El autor enfatiza la perturbación de la capacidad de amar que implicaría la neurosis y el fenómeno de transferencia erótica esperable en dichos casos, cuestión que si bien sabemos como parte de la clínica, implicaría ciertas dificultades particulares en algunos casos. Es en este punto que separa un subgrupo de pacientes, a quienes nomina como “mujeres de pasiones elementales” refiriendo a quienes no tolerarían la abstinencia de parte del médico o analista ante el amor transferencial. “Son aquellas de un apasionamiento elemental que no tolera subrogados” (Freud, 1915 [1914]), p. 170). Se plantea esta como una posible contracara de la melancolización, de etiología compartida, en el sentido de la renuencia al retiro de la libido de un objeto no posible -en la medida en que además se trata de un objeto que sigue existiendo- como una repetición de la no renuncia al objeto primero. Es decir, una manifestación patológica distinta cuyo origen respondería asimismo a una viscosidad, imposibilidad de trabajo de duelo. Este subgrupo, que en la clínica actual pudiera nombrarse desde lo border, implicaría un desbordamiento o voracidad de demanda de amor, visualizado por ejemplo en la clínica de pacientes mujeres u hombres que resienten la ausencia del objeto amoroso como una afrenta, castigo o abandono (pensando en ausencias temporales, por ejemplo, el

sufrimiento si la pareja amorosa no responde de inmediato). En ambos casos ha primado una elección de objeto de base narcisista, que en tanto tal, experimenta la “falta” del otro como una puesta en riesgo de la propia vida. Quizás estos pacientes para no melancolizarse, vierten esta “pasión” por el objeto hacia el exterior. Porque la melancolización también daría cuenta de una pasión por el objeto, aun cuando advirtamos que en su raíz se trata no tanto del objeto, sino de la propia existencia (no puede ser sin ese objeto, no puede perderlo porque metapsicológicamente, desde la identificación, se trataría de la pérdida del propio yo).

La dificultad de separarse en una neurosis melancolizada respondería a su correlato psíquico: en tanto ese sujeto se ubicó en un lugar de objeto, si no es ese objeto, no tiene lugar. No hay lugar al sujeto, por lo que no puede ser algo distinto de eso que el otro dice que es. Solo desde ahí existe. La melancolización, entonces, implicaría al sujeto en un rasgo constativo. Hay una incapacidad de separarse, una detención de la factibilidad de hacer duelo, porque no se resigna al objeto de amor. Se identifica a ese otro en un intento por no perderlo, sin importar que el precio sea perderse a sí mismo.

REFERENCIAS

Austin, J. L. (1982). *Cómo hacer cosas con palabras*. Paidós.

Freud, S. (1915 [1914]). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. En J. Strachey, *Obras Completas de Sigmund Freud vol. XII*. Amorrortu, 1994.

Freud, S. (1917 [1915]). Duelo y melancolía. En J. Strachey, *Obras Completas de Sigmund Freud vol. XIV*. Amorrortu, 1994.

Freud, S. (1923). El Yo y el Ello. En J. Strachey, *Obras Completas de Sigmund Freud vol. XIX*. Amorrortu, 1994.

Freud, S. (1930 [1929]). El malestar en la cultura. En J. Strachey, *Obras Completas de Sigmund Freud vol. XXI*. Amorrortu, 1994.

Kligmann, L. (2024). *Cátedras del 22 de marzo y 5 de abril 2025* inscritas en el seminario Clínica del Superyó.

Lacan, J. (1955-1956). *El Seminario, Libro 3*. Las psicosis. Paidós.

Lacan, J. (1956-1957). *El Seminario, Libro 4*. La relación de objeto. Paidós.

Lacan, J. (1959-1960). *El Seminario, Libro 7*. La ética del psicoanálisis. Paidós.

Zambra, A. (2020). *Poeta chileno*. Anagrama.